Bogotá contada 5





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Bogotá contada 5



Primera edición: Bogotá, julio de 2018

NICOLÁS MEDINA, Anfitrión Bogotá Contada 5
ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-5487-05-5, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @Libro_Al_Viento

Contenido



BOGOTÁ CONTADA 5

SUMAMOS YA, con esta quinta edición de *Bogotá contada*, 45 escritores que han visitado nuestra capital. Al cabo de un lustro y cinco volúmenes se hace evidente que esta ciudad, lejos de agotarse, va desdoblándose en cada texto, revelando nuevas facetas. Como en un juego de espejos enfrentados, cada visión de Bogotá comparte algo con las otras pero se muestra en todas las particularidades, todos los matices que tiene la mirada de cada escritor.

Inaugura esta entrega Pedro Mairal con *Soroche y guayabo*. Así como ambas dolencias marcan la pauta de su estadía, el poeta y el cronista que habitan en Mairal colaboran para entregarnos un testimonio cuyo desenlace es una canción epónima –acompañada quizá por el mismo ukelele que aparece en las últimas páginas de *La uruguaya*– que sintetiza esa especie de bello malestar que supone, para un habitante de las planicies bonaerenses, la altura sumada a los efectos del alcohol en esta ciudad.

A continuación, el mexicano Francisco Hinojosa, en *Estampas de Bogotá*, pasa revista a sus visitas previas, revelando poco a poco los lazos que, desde la primera, en 1993, lo han venido atando a esta ciudad, haciéndose cada vez más fuertes. Un recuento sentimental que se va llenando de amigos y coincidencias, por el autor de dos libros que todos deberían leer: *La peor señora del mundo* e *Informe negro*.

Margarita García Robayo, por su parte, escribe una carta a Bogotá, una carta de amor tortuoso en la que, desde la sensibilidad caribe y la distancia austral, declara su sentimiento ambiguo, plagado de añoranzas y desencuentros. Como si se tratara de una confesión a un viejo amante aún no olvidado, este ejercicio de nostalgia termina con un poema. Así también termina el texto de Hinojosa, creando una feliz coincidencia entre los tres primeros textos de este libro: la poesía como puerto, como conclusión.

Dani Umpi es quizá el autor más polifacético y difícil de encasillar que ha llegado a las páginas de *Bogotá contada*. Fiel a cierta estética pop que atraviesa la totalidad de su obra, nos regala en *Huyamos* una galería de personajes un poco extraviados en su propio narcisismo, en particular una expositora en un congreso latinoamericano con sede en Bogotá que, además de sus actividades académicas, vende productos de Herbalife.

En *Verdad pura*, Ricardo Sumalavia se adentra en el juego contrario: un relato en el que la veracidad de una anécdota se va erosionando. Al final, el lector, inmerso en un laberinto metaliterario, no sabrá dónde están los límites de lo verdadero y lo inventado, pero en esa confusión reside justamente la virtud de este texto en el que Sumalavia regresa a algunos temas centrales de otros libros suyos: la exploración de un pasado íntimo, remoto y misterioso, la figura del padre, la imposibilidad de conocer a alguien en su totalidad.

Cierra este volumen *Colombia es Sumapaz*, de Yolanda Arroyo. Es el primer texto en toda la serie de *Bogotá contada* que se ocupa por completo de ese páramo aledaño a la capital, tan nuestro y tan olvidado. Una crónica que no sólo revela el paisaje, tan envolvente, tan conmovedor, sino que se adentra en el corazón de sus gentes.

Bienvenidos.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL
2018

Bogotá contada 5



Pedro Mairal
(BUENOS AIRES, 1970)



Foto: © Carolina Navas.

Su novela *Una noche con Sabrina Love* (1998) recibió el Premio Clarín de Novela. Publicó además las novelas *El año del desierto* (2005), *Salvatierra* (2008) y *La uruguaya* (2016); un volumen de cuentos, *Hoy temprano* (2001), y tres libros de poesía: *Tigre como los pájaros* (1996), *Consumidor final* (2003) y *Pornosonetos* (2005). En 2007 hizo parte de la lista Bogotá 39. En 2011 condujo el programa de televisión sobre libros *Impreso en Argentina*. En 2013 publicó *El gran surubí*, una novela en sonetos, y *El equilibrio*, una recopilación de sus columnas en el diario *Perfil*. En 2015 publicó *Maniobras de evasión*, un libro de crónicas de viaje. Actualmente adapta al cine su novela *La uruguaya*.

Soroche y guayabo

Fui a Bogotá a escribir una crónica y terminé escribiendo una canción. Bogotá cantada.

Debería empezar por el momento en que salí del clóset. Literalmente. Me encerré en el ropero del cuarto del hotel a cantar la canción que estaba armando sobre esos días en Bogotá. Tenía buena acústica para grabar y así evitaba que me oyeran de los cuartos vecinos. No quería molestar. Me encerraba a cantar a viva voz en la oscuridad, lejos del mundo. Sentado sobre un cesto de basura dado vuelta, feliz, inventando y buscando mi canción entre acordes y versos posibles. Era como una caja insonorizada. Y al parecer no escuché que llamaron a la puerta varias veces. Le hice pegar un susto inolvidable a la empleada de limpieza. Habrá visto cosas raras en su trabajo, pero debe haber sido la primera vez que veía un tipo saliendo del ropero medio sofocado, en calzoncillos y con un ukelele en la mano. Mientras ella reculaba hacia la puerta, amagué a explicarle, pero solo logré balbucear: En un rato me voy.

La primera noche (quizá sería más claro medir estos recuerdos en noches que en días) fui a la presentación de *La perra*, la novela de mi amiga Pilar Quintana en la librería Luvina. Pilar no sabía que yo llegaba un día antes, no se imaginó que podía ir a su presentación, así que caí de sorpresa. Me vio desde el piso alto de la esquina y se sorprendió. Bajó la escalera y nos dimos un abrazo gigante. Una ciudad no está hecha de calles y edificios históricos. Está hecha de gente y cuanta más gente uno conoce en esa ciudad, más la quiere. Bogotá son mis amigos que viven ahí. Y si me gusta volver es porque sé que ellos están. Pilar Quintana, la domadora de jaguares, la habitante de la selva del Chocó, ahora estaba viviendo en la ciudad, casada, con un hijo y escribiendo. Y ganando premios.

La vida de los otros se despliega como una novela alucinante. Ponerse al día con los destinos, contarse cosas, sorprenderse de la continuidad del ser y sus transmutaciones. Algo así es volver a ver a los amigos tiempo después. Una felicidad llena de chismes. El culebrón de cada uno, la telenovela venezolana de todos nosotros, o mejor, la telenovela brasilera mal traducida de nuestras vidas. ¡Quién inventa esos guiones! Todo sucede muy rápido y hay detalles dentro de los detalles. Y encima los escritores lo escribimos todo y exageramos. Beber y contarse cosas. Eso hicimos.

En el camino al restorán en el barrio de La Macarena, cada vez más gastronómico y hipster, alguien de la tropa que se desplazaba desde la presentación contó que a veces caen rodando por la cuesta ruedas de auto encendidas. Ahí apareció, por primera vez en este viaje, el imaginario inclinado de Bogotá, el declive, una idea de que siempre hay uno más malo viviendo más arriba. Hasta los más malos en la altura del barrio Egipto me hablaron de unos más malos que vivían más arriba. ¿Anda el demonio en las cumbres de los cerros? Por ahora solo aparece este GIF del empinado anecdotario rolo: una rueda de fuego rodando descontrolada calle abajo. Alguien la suelta por el puro disfrute del espectáculo del mal.

Cuando subimos cuestas y escaleras nos cargamos de energía potencial gravitatoria. Creo que así se llama. Yo que vengo de la pampa húmeda, una de las regiones más planas del mundo, soy muy consciente de esa energía. Cada vez que subo me doy cuenta de que puedo bajar cayendo, rodando o deslizándome. Algo me tironea hacia abajo, siento que estiro un elástico hacia la cumbre y esa fuerza tarde o temprano me va a llevar hacia abajo nuevamente. En las ciudades con declive, el pobre debe subir para volver a su hogar. Es Sísifo volviendo a subir la montaña empujando su peñasco. Todos los días se carga de energía potencial gravitatoria. A veces rueda cuesta abajo con bronca. Porque habría que pensar que quizá a Sísifo no se le cae rodando su peñasco desde la cima, sino que lo sube hasta ahí arriba justamente para verlo rodar, solo por la dulce venganza de convertir el castigo de los dioses en disfrute secreto.

El asunto es que bebimos mucho en un restorán de La Macarena, tanto que quedé leyendo los grafitis del baño y saqué con el celular unas fotos

borrosas que ahora me avergüenzan un poco pero que eran un modo de encender mi radar de cronista crónico. La crónica del cronista crónico. Cronos escribe la crónica del cronista crónico. En fin. No me gusta que se me escape nada. Algunos grafitis decían: Jaime quiero terminar el resto de mi vida contigo. Catty te amo × siempre. Que viva entonces el filete de cualquier lugar húmedo de tu cuerpo. Peter es muy maricón le gusta hablar por la voz del guamo. Todo esto entre pósteres y *flyers* de teatro y de danza, afiches caseros de clases de canto, frases en inglés de gringos en plena euforia etílica, fragmentos de canciones. Loca me gustas así de loca mucho mejor que el vino son los besos de tu boca. Aguante cumbia papi. Y la seguimos después en grupo en la casa de alguien ahí a pocas cuadras con tequila y aguardiente. En algún momento antes del amanecer rodé barranca abajo y sin demasiada gracia hasta la carrera Séptima donde estaba mi hotel.

En Bogotá, con sus 2.600 metros sobre el nivel del mar (sobre el nivel del mal), siempre tengo dolor de cabeza. Al día siguiente mis anfitriones no se ponían de acuerdo sobre el diagnóstico de mi estado zombi. Es soroche, decía uno, es guayabo, decía otro. Dos palabras nuevas para a mí. Pensé que eran enfermedades amazónicas incurables. Pero era mal de altura o resaca. Alguna de las dos cosas me estaba pasando, o probablemente las dos cosas a la vez. Yo solía aguantar bien las juergas pero acercándome ahora a los 50 años ya el cuerpo me las cobra mucho más caras. El rey de la noche se va destronando, claudica, baila un poquito y deja que el baile siga sin él. Como el conde de Salina en el Gatopardo, baila con la más linda y se va solito temprano. Los otros siguen. Los más jóvenes. Otros verán el mar, dice un poema de Edgar Bayley. Cuánta melancolía. No te preocupes, siguen diciendo los anfitriones, y discuten si es guayabo o soroche. Ya empiezo a intuir al fondo mi canción, como una música escuchada a medias a través de la pared de los vecinos. La voy a llamar *El rey de la noche* y la voy a colgar en YouTube.

Hay que estar de pie y articulado. Entrevistas. Charlas. Preguntas. Centros culturales. Autopistas. Funciono bien, los nervios me despabilan frente al auditorio repleto del Sena. Estudiantes que quieren saber cómo es

eso de convertirse en escritor. Yo no tengo ni idea. Cada vez que respondo esas preguntas digo algo distinto, como si yo no hubiera estado ahí mientras sucedía mi devenir. Uno no es muy consciente de las microdecisiones que lo van llevando hacia determinado rumbo. Pero sale bien y nos reímos de algunos temas y salen muchas preguntas de auténtica curiosidad. Y otra vez el auto, los barrios. Por el camino, por Chapinero, creo, me sorprenden los murales de artistas callejeros. Caras de tigre, fauna marina, golpes de color, una estética psicotropical, expansiva y muy lograda. Intento sacar fotos pero mientras que enciendo el teléfono, lo desbloqueo y activo la cámara ya se me hundió el Titanic hace quince cuadras y es todo pasado irrecuperable.

Pasamos por el hotel y me cambio como un superhéroe. Me quito el disfraz de escritor con saco y me pongo el disfraz del escritor casual deportivo, porque me van a llevar a subir la cuesta hasta los barrios más duros en la parte alta del cerro. ¿Es seguro, no nos pasará nada? Vamos bien cuidados, me dicen. Hace muchos años, 18 para ser exactos, me habían invitado a la Feria del Libro de Bogotá para presentar mi primera novela. En un momento dije que quería ir a la carrera Séptima a caminar y mis anfitriones no me querían dejar ir porque les parecía muy peligroso. Cuando les dije que iba a ir de todos modos, la madre de mi anfitrión, una señora mayor, me pasó suavemente la mano por la espalda, en círculos lentos, y me dijo: Pues te cubro con la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Eso fue lo más violento que me pasó jamás en Colombia.

Ahora desde la ventana del hotel veo la carrera Séptima y me acuerdo de eso. Veo el hotel St. James donde nos alojamos todos los escritores en el primer Bogotá 39 hace diez años. Y creo ver el restaurante Pozzetto donde fui a cenar una vez. Después me enteré, leyendo *Satanás*, de Mario Mendoza, que ahí sucedió una gran matanza. La ciudad va ganando espesor, se suman capas de tiempo, se superponen los viajes, las estadías, las lecturas... Uno no pasa por el mismo lugar sino por el lugar y por el recuerdo del lugar, un recuerdo que a su vez se va modificando con la nueva presencia. Así va cobrando nitidez el mapa de escala uno en uno dentro de nuestro cerebro. Mi Bogotá está hecha de recuerdos, de presente, de futuro inmediato (lo que preveo de mi agenda de estos días), está hecha de

literatura, de películas, de series de televisión. En *El patrón del mal*, cada vez que el escenario pasa de Medellín a Bogotá, muestran una imagen aérea de Monserrate y arriba siempre una misma nube de forma rara. Transcurre más de una década en la serie y siempre está la misma nube fija custodiando la sabana.

Colombia tiene el anecdotario más truculento que escuché jamás. Las muertes, los asesinatos, los atentados, los enfrentamientos, los secuestros, la crueldad, todo llevado a un límite inimaginable. Siempre que voy, me rodea en enjambre ese susurro de violencia y sin embargo me encuentro con gente súper amable. Entonces pienso, ¿en qué momento este pueblo muestra esa otra cara? ¿Es cierta la pacificación? ¿Está recién lavada toda esa sangre? Supongo que hay gente que mira con luminol y ve brillar las manchas de sangre reciente. No lo pueden evitar. Si uno vive dentro de una cultura entonces conoce a todos sus muertos. Quizá por eso surge una y otra vez la oscuridad del relato en medio de la luz de la ciudad. Yo deambulo con una mezcla de miedo y curiosidad, y la altura me afina el oxígeno y estoy siempre al borde del delirio místico. La altura me eleva, ando por las nubes poderosas, no creyendo tanto en Dios, sino entregado a lo que no controlo, como abierto al misterio. Dan ganas de santiguarse por las dudas. Algo sube en Bogotá, todo el tiempo sube. Y algo baja también, y baja fuerte. No estoy acostumbrado a este tráfico vertical. Me trastorna un poco, me agrega una dimensión a la que no estoy acostumbrado. El alcohol parece funcionar como un estabilizador, pero solo suma desorientación. Me aferro a los amigos. Los veo. Almuerzo con ellos, me río. Me quedo quieto en el hotel.

Pero me llevan, me traen, hablo, converso. Universidades, bibliotecas, trancones. Subo, bajo, subo. Vamos a la altura de los barrios de nombres bíblicos. Belén, Egipto. En Belén hay un viejito, apodado El Paisita, sentado en una esquina desde donde se ve toda la ciudad. Me dicen que siempre está ahí. Es el custodio de Bogotá. Sentado tranquilo viendo los días pasar en *time lapse*, las falsas tormentas que se forman y se disipan, el sol en un arco altísimo, los cerros que cambian de colores con las sombras, las primeras luces, las estrellas. Me muestran programas de recuperación cultural en los barrios. Gente haciendo un esfuerzo enorme contra la

violencia. Juntarse y hacer cosas, levantar estructuras, cuidar a otros, formar comunidad. Parece que hay un chico muy violento que por suerte hoy no vino, que un día amenazó con un cuchillo... etc. Ahí está el enjambre sonando por debajo. Subimos más hacia el barrio Egipto.

Dos expandilleros nos van a hacer un recorrido por uno de los barrios más marginales de Bogotá. ¿Para qué?, pienso yo. Ya atravesé hace diez años El Cartucho, el lugar más sórdido que vi en mi vida, entre mil fumadores de bazuco. Ya escribí esa crónica. Me dicen que esa zona no existe más, que la recuperaron. Ya fui también al barrio Santa Fe, ya perdí el alma ahí, ya casi muero en esas calles. Mejor no juguemos más ese juego, pienso, tengo dos hijos. Pero igual vamos.

Los expandilleros son como viejitos niños, manos fuertes, aire saltarín, gorritas de béisbol (cachuchas). Me dicen *profe*. Subo y no doy más, jadeo sin aire. Ya todo es una mezcla veloz. Las calles empinadas, las casas bajas pintadas de colores. Acá en este mural de la Virgen mataron a un niño de diez años, y ahora es un santuario. En esa esquina se tiroteaban con los del barrio de más arriba que eran más malos y sanguinarios. Batallas entre niños armados, grandes balaceras entre vecinos. El relato de sangre *in situ* y sonando a toda máquina. Pero ahora solo veo perros con collares de limones para curarles el moquillo, y algunos escolares que pasan y saludan a su papá, exmaleante y actual guía turístico. Es mediodía. Muy poca gente en la calle. Casillas de madera, calles empedradas, una cancha de fútbol del programa de recuperación. Profe, aquí juegan cuarenta niños y los mantenemos lejos de las cosas malas. El cerro sigue hacia arriba. Hay una cruz de cemento con bombitas para iluminarla en la oscuridad. Es el límite del barrio. Ni ellos pueden ir más allá. Desde esas calles cuentan que hasta hace poco bajaban caballos al galope arrastrando cadáveres, cadenas, y ramas encendidas. En medio de la noche caballos de fuego desbocados barranca abajo. Los mandaba el Diablo, un tipo malísimo que mató a mucha gente en la zona. El cerro más arriba está agujereado con tumbas clandestinas. Siempre hay uno más malo más arriba. Pero no vamos a subir por seguridad. Acá termina el recorrido, profe, ¿me puede colaborar?

Ya refugiado en la seguridad burguesa del hotel, termino mi canción. Ojalá haya captado en estas notas, en esta alternancia del fa menor y el mi bemol, el espíritu de mis días en Bogotá, mis distintas estadías, la sucesión de parrandas, los cielos, la altura, los amigos, el límite delgado y misterioso hasta donde siempre parece llevarme esta ciudad. Quién tuviera una voz hermosa para cantarla. Que suenen entonces los primeros acordes.

El rey de la noche

Si no es soroche es guayabo,
si no es guayabo es soroche,
se me parte la cabeza,
yo soy el rey de la noche.

Subiendo a La Candelaria
maltratado por la cuesta
tengo ganas de morirme
o necesito una siesta.

Aguardiente de mi vida
decime qué está pasando,
yo soy el diablo en persona
pero me estoy santiguando.

Las nubes de Bogotá
amenazan con tormenta,
llueve cinco minutitos,
¿y ahora quién paga esta cuenta?

La sabana entre los cerros,
los cerros y la sabana,
en el barrio Santa Fe
resucité esta mañana.

Ya no aguanto tanta fiesta,
ya no aguanto tanta rumba,
mejor me retiro a tiempo,
me voy cantando a la tumba.

Recuérdenme sin tristeza,
olvídenme entre la joda
y escriban en mi epitafio
«Qué vicio la vida toda».

Si no es soroche es guayabo,
si no es guayabo es soroche,
se me parte la cabeza,
yo soy el rey de la noche.

Francisco Hinojosa

(CIUDAD DE MÉXICO, 1954)



Foto: © Carolina Navas.

Ha publicado más de cincuenta libros de poesía, cuento, crónica de viaje, periodismo, ensayo, literatura infantil, libro de texto y antologías. Algunos de sus títulos son: *Informe negro* (1987), *Robinson perseguido y otros poemas* (1998), *La peor señora del mundo* (1992), *Una semana en Lugano* (1992), *Ana, ¿verdad?* (1992), *La fórmula del doctor Funes* (1993), *Mexican Chicago* (1999), *Un tipo de cuidado* (2000), *La nota negra* (2003), *Poesía eras tú* (2009), *El tiempo apremia* (2010), *Emma* (2014) y *Migraña en racimos* (2016). Obtuvo, entre otros, el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí (1993) y el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte (1993-2013). Fue nombrado embajador de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil durante el 2015.

Estampas de Bogotá

Para Diego, Lucía, Valentina y Alejandra.

Recuerdo que de joven (17-18 años) fumaba con frecuencia cigarros Pielroja y bebía aguardiente antioqueño. Sin boquilla, con un aroma parecido al de los Alas mexicanos y también de tabaco oscuro, los Pielroja llegaban a mi casa de quién sabe dónde. El diseño de la cajetilla es atractivo. Realizada hace más de ochenta años por el caricaturista y comentarista político Ricardo Rendón, la imagen es muy sencilla: exhibe a un indio de rostro colorado con una corona de plumas, también roja. A pesar de que el mundo actual de fumadores se inclina por el tabaco rubio con boquilla, los Pielroja siguen estando en el mercado y son algo más que una marca de cigarrillos, un símbolo de identidad, un referente colombiano.

En cuanto al aguardiente, que tenía entonces más grados alcohólicos que los que tiene hoy en día, llegaba de maneras que más recuerdo: amigos, colegas y compañeros de trabajo de mi padre; un asiduo a las fiestas que se organizaban todos los viernes en mi casa que trabajaba en el aeropuerto como filtro de seguridad y que solía decomisar como mercancía «ilegal» el antioqueño. Un vaso, dos hielos y un poquito de agua para que la bebida perdiera su transparencia y se tornara nubosa. Es el origen de las llamadas «onces»: un bocadillo que los curas comían entre el desayuno y el almuerzo acompañado de aguardiente. Para no decirlo con claridad y así no balconear su adicción tempranera, le llamaban de esa manera porque la palabra tiene once letras.

Luego de los Estados Unidos, al país al que más he viajado en mi vida es a Colombia (Bogotá, Manizales, Cartagena de Indias, Medellín, Bucaramanga, Valledupar y Manaure). En el 2008 estuve en Bogotá en cuatro ocasiones: un congreso de lectura, un jurado del premio de la Editorial SM, un festival de la revista *El Malpensante* y de paso para asistir

a un Juego Literario en Medellín y una feria del libro en Bucaramanga. La primera vez lo hice en 1993 (27 de abril a 2 de mayo), cuando México fue por primera ocasión país invitado a la Feria del Libro de Bogotá. Coincidimos en ella tres que fuimos poco antes grandes amigos, colegas y compañeros de trabajo en el Fondo de Cultura Económica: José Luis Rivas, Francisco Cervantes y yo. Ellos dos se habían enemistado por no recuerdo qué motivo al grado de no dirigirse la palabra. Francisco me incluyó a mí en su pleito, por ser más cercano a Rivas, y también dejó de hablarme, algo incómodo cuando se convive a diario en las mismas oficinas. Al encontrarnos los tres en Bogotá, creo que en el *lobby* del Hotel Tequendama, nos saludamos y continuamos la conversación suspendida por el pleito, como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si ese paréntesis que había durado un par de años no hubiera existido. Estando los tres en la sede de la Feria, hicimos una larga fila para llegar a saludar a alguien con quien también teníamos una amistad viva, esa sí nunca rota, y que firmaba sus libros: Álvaro Mutis.

En esa misma Feria conocí a Triunfo Arciniegas, un gran escritor de literatura infantil, maestro y fotógrafo radicado en Pamplona, en el Norte de Santander. Hicimos de inmediato una amistad que ha durado muchos años gracias a que es un visitante frecuente de México. En ese entonces, el Centro de Bogotá era muy peligroso, a pesar de la vigilancia de distintas corporaciones policíacas y militares. Creo que en esa ocasión asaltaron a otro escritor invitado a la feria: Gonzalo Celorio. Pues Triunfo, jugando de local, decidió que no me iba a abandonar a mi suerte en la ciudad y me acompañó varias veces hasta la puerta del Hotel Tequendama. En una de ellas, el asaltado resultó ser él.

También recuerdo de esa misma Feria que se presentaba mi libro *La peor señora del mundo*. Quien lo hizo fue Gerardo Méndez, cuentacuentos que hasta la fecha sigue narrando otros libros míos, con quien mantengo una viva amistad y maestro de varias generaciones de narradores orales en México. Entre el público se encontraba un poeta que había leído con admiración: Fernando Charry Lara, cuya hija, según recuerdo, estaba al frente de la filial colombiana del FCE. Lo conocí por la revista *Eco*, que

eventualmente se conseguía en una librería de viejo de la Ciudad de México.

Estuve en el Centro Cultural Gabriel García Márquez, cuando apenas estaba en construcción, hacia el 2003. Su impulsor y director en dos ocasiones, Juan Camilo Sierra, me invitó a conocerlo. Situada en pleno Centro, en el animado barrio de La Candelaria, es hoy la librería más grande y surtida de Colombia, y quizás también la más bella: fue una de las últimas obras construidas por uno de los grandes arquitectos colombianos: Rogelio Salmona. A una cuadra de la Plaza Bolívar y unas más de la Casa de Poesía Silva, el Museo del Oro y el de Botero, la Biblioteca Luis Ángel Arango y un buen número de colegios y universidades, el CCGGM se ha consolidado como un punto de encuentro. A lo largo de esos años he tenido varias actividades allí. La más reciente fue el 24 de octubre del 2017. Invitado por el Instituto Distrital de las Artes (Idartes), dentro del programa Bogotá Contada, tuve un conversatorio con un autor de libros para niños, además de pediatra: Francisco Leal Quevedo, y una treintena de niños ávidos de hacer preguntas, casi las mismas que me formulan siempre, salvo una que me hizo con pena una niña: «¿estás loco?». (En otra escuela, el Liceo Nuevo Chile, un niño me dijo que si escribiría un libro que se llamara algo así como «Mi papá tiene muchas deudas». Hubiera querido escuchar dudas, pero no fue así. Aunque no le respondí, creo que terminaré escribiendo un cuento con ese tema.)

Bogotá es muchas bogotás. La ciudad de las motocicletas y ciclistas suicidas. La ciudad de la rumba y la fiesta. La ciudad de los trancones. La ciudad amable que responde «con gusto», pregunta si «me provoca un tinto» y me trata de «su mercé». La ciudad del más bello ladrillo. La ciudad de los desamparados que duermen en las calles. La ciudad de la poesía. La ciudad de un clima impredecible. La ciudad que ha logrado preservar de la invasión los Cerros Orientales vigilados por Monserrate. La ciudad del grafiti artístico y vandálico. La ciudad de los amigos generosos: Diego Hernán, Lucía, Valentina, Alejandra, Jaime, Juan Manuel, Yolanda, Irene, Santiago, Iván, César, Darío, Valentín, Juan, Clemencia, Juan Camilo, Piedad, John y muchos más. La ciudad en la que nació y creció Emma

Reyes y murió León de Greiff. La ciudad del teatro que durante muchos años impulsó Fanny Mickey. La ciudad de las bibliotecas. La ciudad a la que le urge tener un metro que sigue siendo una promesa. La ciudad de los jóvenes. La ciudad con una gran oferta gastronómica. La ciudad de los patacones, el lomo al trapo y el ajiaco. La ciudad en la que al fin se respira paz.

Tengo un conflicto con Colombia. Las veces que me han invitado a diversas actividades tienen horarios que chocan con mi reloj biológico: participar en un conversatorio, dar una charla o un taller, acudir a una estación de radio para una entrevista o estar citado para deliberar un premio suele suceder entre las dos y las cinco de la tarde, justo el tiempo en el que acostumbro comer y tomar una siesta. A veces termino desayunando y cenando y me tengo que saltar el almuerzo. Me ha pasado llegar a un restaurante a las tres y media y ya están cerrando.

Son también muchas las ocasiones en las que mis actividades se llevan a cabo en el norte norte o en el sur sur de Bogotá, con trayectos en auto que duran entre una hora y media y dos. Y por supuesto hay que regresar. Al sur, Usmé y Ciudad Bolívar, y al norte cuando la carrera Séptima se convierte en camino rural.

En enero del 2011 me invitaron a participar en el Hay Festival que se celebró en Cartagena de Indias. Fui con Tanya, mi esposa. Pasamos primero unos días en Bogotá para ir a varios museos y comer lo mejor posible. Ya había estado antes en un restaurante ubicado en La Macarena, La Juguetería, en el que según recordaba había comido un buen lomo al trapo. El lugar, que estaba lleno, empezó de pronto a vaciarse. Nos enteramos de que todos los que salieron iban a ocupar sus asientos en la hermosa Plaza de Toros La Santamaría, situada a unas cuadras de allí. Apuramos nuestra comida y decidimos ir a comprar boletos para ver la corrida. Toreaba el rejoneador Pablo Hermoso de Mendoza. Otra vez la amabilidad bogotana: después de preguntar varias veces por la taquilla, alguien nos dijo de manera muy cortés que quizás conseguiríamos entradas para alguna otra fecha, ya que las de ese día estaban agotadas desde hacía meses. Al día siguiente nos enteramos de que había cortado cuatro orejas y un rabo, algo

que no sucedía en La Santamaría desde hacía medio siglo. (Debido a las protestas contra la tauromaquia en la ciudad, la Plaza cerró sus puertas cinco años. En este 2017 volvió a abrirlas.)

Tengo en Bogotá una familia. Resulta que mi hijo se fue a estudiar música a Moscú y allí se enamoró de Valentina, una bogotana hermosa e inteligente. Pero llegó el día en el que cada uno tuvo que regresar a su lugar de origen y se despidieron enamorados. Poco tiempo después tuve una invitación a Bogotá, y como tenía kilómetros ganados en Aeroméxico le dije que si quería acompañarme. Por supuesto que aceptó de inmediato. Y él viajó antes que yo para tener más días de visita. Por alguna razón que no recuerdo conocí primero a quienes veía entonces como mis consuegros que a quien sería mi nuera, porque ella y mi hijo estaban en Medellín. Y nos caímos muy bien de inmediato. A pesar de que la relación entre nuestros hijos terminó, no ha pasado desde entonces vez que esté en Bogotá que no los vea y regrese lleno de atenciones y regalos.

Me inicié como escritor con la poesía. Mi obra completa, *Robinson perseguido y otros poemas* (Cuadernos de la Orquesta, 1988), fue tan breve que la edición no alcanzó a tener lomo: tuvo que ser engrapada. Y de esa fecha hasta hoy sólo he escrito un poema en 2009.

Sueño en Bogotá

El hombre duerme en la calle
a la puerta de una tienda de zapatos.
Está soñando.
Sus sueños se le escapan
sin querer
y pueblan el pequeño universo
que lo circunda
pero la gente pasa sin verlos.
Apenas ayer comió una arepa y un jitomate
con dos tragos de aguardiente
y luego, como todas las tardes

vagó un rato por la calle
que siempre le ha dado su almohada
y su colchón de cenizas.
Pidió en balde monedas
y volvió a su techo de asfalto
a su cobija de aire
y a seguir soñando
en el milagro que viene
que ya lo acecha
la cama suave
la mesa puesta
el cuarto amplio
y una mujer de rostro vago.
Duerme y sueña
expuesto a la intemperie
que lo acoge con indiferencia
y de pronto alguien repara en él
con indignación
«es nuestra calle, no la suya», se dice
y aparta los ojos del feo durmiente
y va a casa con la mente en blanco
deja el abrigo en la silla
toma un baño
cena algo ligero
y se mete a la cama con zozobra
porque sabe que otra vez
será presa de las mismas pesadillas.

Desde hace algunos años, Iván Darío y César Álvarez me pidieron permiso para interpretar en títeres *La peor señora del mundo*. Nuestro contacto fue Juan Manuel Roca, quien me dijo que su compañía, La Libélula Dorada, tenía una calidad comprobada y un gran prestigio en Colombia. Ante la recomendación de uno de los grandes poetas que

escriben en español y buen amigo, no dudé en aceptar sin pedir nada a cambio. Los conocí en un lugar maravilloso, Casa de Citas, ubicado en La Candelaria, cuando apenas estaban en el diseño y construcción de los personajes. Sin embargo, no tuve la oportunidad de ver su montaje sino hasta el 2017, cuando no estaba en cartelera.

(Podría hablar de muchos restaurantes y antros bogotanos. Pero me detengo un poco en esta Casa de Citas, que además de tener una excelente comida peruana –la leche de tigre es insuperable–, han leído allí una buena cantidad de poetas hispanoamericanos: Jorge Enrique Adoum, Lêdo Ivo, Carlos Germán Belli, Juan Calzadilla, Piedad Bonnett, Jotamario Arbeláez, Raúl Zurita, Iván Oñate y muchos más. En *Estación nocturna*, libro que celebra los 20 años del lugar, Juan Manuel Roca dice «Esta ha sido una casa que además es albergue y estación, lugar de resistencias, salón de baile, recinto donde el brazo se hace abrazo».)

Mochuelo Alto queda en la zona rural de Ciudad Bolívar, muy al sur de Bogotá, un lugar al que ni la amable señorita Waze supo llegar. Allí, el mismo día de mi regreso a México (primero de noviembre), con la cooperación de Idartes y Fundalectura, se presentó *La peor señora del mundo*, cuya adaptación a escena por parte de La Libélula Dorada me dejó gratamente sorprendido. Siempre, al pasar de un lenguaje a otro, de la literatura al teatro, tiene que haber cambios que hagan atractivo el resultado. Y en este caso me pareció muy bien resuelto: despertó la empatía de los niños que no dejaban de gritarle «mala» a la protagonista y de aventarle pequeños trozos de hule espuma de un cojín que se había roto.

En un Bogotá, en esa época, con cielos casi siempre grises y con la permanente amenaza de lluvia, el sol salió con todo esplendor o, como dicen los bogotanos, picante. Y la función había que realizarla a la intemperie con un auditorio de todas las edades: desde pequeños de tres o cuatro años hasta jóvenes de doce o trece, padres de familia y promotores de la lectura. Le calculo unos doscientos espectadores. Gracias a que me prestaron un paraguas pude protegerme del sol. Sin embargo mi preocupación estaba con el público, especialmente con los más pequeños,

que seguramente se insolarían. Antes de que eso pasara, sus maestras vieron el mismo peligro y a la mitad de la obra los regresaron a sus aulas.

En el Halloween que me tocó vivir en el Bogotá Contada (cuyo festejo duró cinco días, del viernes 27 al martes 31), tanto niños como adultos se disfrazan o se pintan la cara, incluidos los empleados del hotel, y se les encuentra en todas las calles. En el Gimnasio Moderno –un exclusivo colegio para varones que le ha dado a Colombia varios presidentes y cuyas instalaciones, que incluyen un centro cultural, son, valga la redundancia, muy modernas y amplias, a pesar de haber cumplido ya un siglo– se exhibió la película de Pepe Buil, *La fórmula del doctor Funes*, basada en un libro mío del mismo título. La mayoría de los estudiantes y maestros que asistieron estaban disfrazados de una amplia gama de personajes: desde los de *Star Wars* o las *Tortugas Ninja*, hasta diversos animales, un mexicano con sombrero de charro y máscara de luchador y varias catrinas. Al salir de las instalaciones vimos que llegaba un grupo de unos veinte jóvenes con atuendos de colegialas: algo extrañarán. Según los bogotanos, el mero día, 31 de octubre, siempre llueve. Esta vez fue la excepción.

Esta Bogotá Contada ha sido mi estancia más prolongada en la ciudad: nueve días muy intensos y muy bien organizados. Nicolás, mi anfitrión, estuvo al pendiente de todo lo que necesitara para hacer mi visita agradable. Un día que teníamos un tiempo muerto, le pedí que me ayudara a conseguir taguas, también conocidas como el «marfil vegetal», que son unas semillas que utiliza mi madre para hacer pulseras y aretes. Sabía que cerca de la Plaza Bolívar había un lugar en el que las vendían. Y así nos fuimos caminando guiados por las indicaciones que nos hacía la gente a la que le íbamos preguntando en el camino. Aunque nunca dimos con ellas, conocí una zona de la ciudad muy poblada y con un vivo comercio callejero en el que abundaban los vendedores de disfraces. Lo que sí encontré, como cada vez que voy a Colombia, fue una tienda de Arturo Calle, cuyos diseños de ropa son los que quedan mejor conmigo.

Seguiré contándome Bogotá. Quedan muchos fragmentos no contados de las bogotás que me acompañan desde hace casi veinticinco años y de las que probablemente me aguardan con nuevas sorpresas y nuevas amistades.

Margarita García Robayo
(CARTAGENA, 1980)



Foto: © Carolina Navas.

Es autora de las novelas *Lo que no aprendí* (2013) y *Hasta que pase un huracán* (2012); de los libros de relatos *Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza* (2009) y *Cosas peores* (2015), que recibió el premio Casa de las Américas, y de la antología de textos *Usted está aquí* (2015). Participó también en antologías colectivas como *Región: cuento político latinoamericano* (2011) y *Padres sin hijos / Childless Parents* (2014). Sus trabajos periodísticos han sido publicados en Colombia, Argentina, Uruguay, México, Perú, Chile, España, Italia, Francia y Estados Unidos, y ha sido traducida a varios idiomas. Su libro más reciente es la novela *Tiempo muerto* (2017).

Buenos Aires, 1 marzo de 2018.

Querida Bogotá:

Te escribo desde un lugar que se parece muy poco a ti. Camino sobre un colchón de flores marchitas porque, en este punto, el verano ya mató todo lo que engendró la primavera. La verdad es que queda poco del verano, se acerca el otoño y por eso, quizá, me he decidido a escribirte. Es un momento bisagra entre las estaciones, uno de esos paréntesis breves pero intensos de donde brota, fácil, la melancolía.

A veces me parece que la melancolía, más que un estado de ánimo, es una tonalidad –aunque hoy le llamaríamos «filtro»–: esa que se produce cuando está por apagarse el día y la gente empieza a prender las luces de sus casas, así como las radios empiezan a pasar canciones en lugar de noticias. Esa misma tonalidad es la que viene con el otoño y va tiñendo las ventanas. A mí el otoño siempre me trae recuerdos de cuando te dejé, hace años, camuflada entre cerros con mis libros en cajas, mi empleo sin usar, mis amigos recién hechos. Recuerdo que me costó despedirme, pero cuando vi desde el avión que te alejabas me sentí liviana. Y me sentí valiente y asertiva. Pensé: lo nuestro no podría haber llegado muy lejos. Y suspiré, nublando el vidrio que volví a limpiar solo para encontrarme con más bruma. Te habías ido.

Ahora, la última vez, te dejé hace unos tres meses, ¿recuerdas? Y si todavía no te había escrito era porque no sabía muy bien qué decirte. Ninguna novedad: nunca he sabido qué decirte y por eso nuestra relación ha vivido por años dentro de un globo suspendido, que se va pegando a los techos como un bicho que mira y piensa y mira y después se duerme de cansancio.

Cada vez que te visité pensé casi lo mismo, pero iba sumándole colas a mi relato, como al cuento de Pamplona –en Pamplona hay una plaza, en la

plaza hay una esquina, en la esquina hay una casa...–; te construyo y te deconstruyo en cada viaje y al final caigo en el mismo punto de partida –el loro en la jaula, la jaula en la pieza, la pieza en la casa...–. Intento decirte que mi relación contigo es redundante y confusa como un trabalenguas, pero también que –como canta Calamaro– te quiero igual. Porque el amor también crece en el hueco de la falta. Yo siento que haberte perdido fue esencial para que, lo que sea que hay entre nosotras, fermentara.

Regresar a ti es como volver a descubrirte desde un paisaje que, aun siéndome familiar, me golpea: esas caras siempre madrugadas, las ruanas hirsutas sobre hombros estrechos, los niños bostezando en la ruta hacia el colegio, el olor a sopa del almuerzo y tanta gente sembrada en tus lomas mirando el precipicio. Todo cuesta: avanzar cuesta, trasladarse cuesta, llegar al final del día con la conciencia dormida para no estrellarse con la dureza del entorno. Lo que más me cuesta es lo rápido que oscurece: la noche que se come el día como un Pacman desbocado y uno ahí, testigo de la oscuridad inevitable.

A veces te recuerdo como un amor tortuoso. No fuiste tal cosa, más bien fuiste un amor tímido y compasivo. Mientras estuve allí me tomaste las manos y aceptaste mis planes difusos, sin preguntarme dónde estaba realmente mi cabeza. Esa elegancia te la concedo y te la agradezco.

Nunca entendí muchas cosas de la gente que te habita, como la necesidad de agradar de forma indiscriminada, lo que los lleva a encajarte todo el tiempo mentiras blandas –«en veinte minutos estamos en el centro, mi señora»– y a hablar siempre sonriéndose, incluso cuando se enojan –«eso sí que no, mi señora»–. Pero es verdad que tampoco te di mucho tiempo.

La primera vez que te pisé era tan chica y tan flaca que el frío me tomó rápido los huesos. Al principio solo quería volver a mi casa, a mis *shorts*, al árbol de guayaba donde me había hecho construir una guarida para estar sola. Eras demasiado distinta a todo lo que conocía y eso era fascinante y traicionero. Las calles del centro me parecieron una perfecta rebelión del gris, pero atravesar la ciudad de noche, vía la Circunvalar, fue como viajar por dentro de una montaña poblada de luciérnagas brillantes. Como las amigas nuevas, saltaba de la devoción al desprecio en lapsos brevísimos.

Cuando fue la hora de irme, había ganado la devoción y juré que regresaría para quedarme. Pero ya en el árbol de guayaba la promesa se disolvió. Mi atención se desvío hacia otros lados. Me dediqué a mirar afuera: al horizonte abierto, engañoso y movedizo; y evité mirar adentro: a la montaña quieta.

* * *

Volví a verte ya de adulta, cuando –como casi todas las personas cercanas de entonces– pensé que si quería hacer algo en serio, tendría que instalarme en tu falda. Me compré una chaqueta, unas botas y una maleta gris que se rompió en el viaje. Llevaba un *chupstick* de fresa en el bolsillo del jean y unas pastillas para evitar el soroche. Aterricé sola, salí a buscar un taxi y recobré dos sensaciones olvidadas. La primera, fatídica: que el horizonte se había estrechado; la segunda, feliz: que las nubes estaban más cerca.

Hice amigos locales que para agradarme, supongo, me llevaron a parrandas vallenatas donde vi desfilar bandejas de plata cundidas de chicharrón con yuca, fríjoles con chorizo, ajiaco y whisky. Conseguí trabajo en una revista, conseguí un apartamento prestado, conseguí no enfermarme con el clima, pero seguía sin entender el sentido de las palabras que salían de esa constelación de bocas sonrientes.

Una mañana en la carrera Séptima me crucé con un alemán. Era la tercera vez que nos veíamos. La primera vez había sido en otra ciudad, la segunda en otro país. Nunca nos habían presentado, pero la triple coincidencia nos pareció suficiente para compartir un taxi al centro. Después compartimos algunas cenas y un baile extraño en una discoteca donde las luces se sincronizaban con la música. El alemán daba saltos, pegando las rodillas al pecho y gritando cosas que yo no llegaba a escuchar. Después fuimos a su casa y hablamos sobre ti, él te amaba, te creía genuina, moderna en tu rusticidad: «Bogotá me atrapó», decía, con ese acento que te hace pensar en una lluvia de piedras. Yo le dije «*good for you*», y que yo en cambio no te entendía, pero que por esos días no entendía nada. ¿Nada de qué? De nada. Le conté que quería ser escritora, que trabajaba de periodista pero me gustaba la poesía, aunque había leído poco y nada. Y él, que no me

dio ni un beso, dio unas zancadas veloces hasta una mochila de la que sacó a Hilde Domin:

Mira las nubes pasar
Sé discreta, no te aferres
Se deshacen

Por la ventana de su casa, en lo alto, te veías luminosa e imponente. Es algo que te ocurre a las noches, lo sabes: te sientan las noches. Tienes suerte de que duren tanto.

A los pocos días renuncié a la revista y me quedé un mes más para decidir mi futuro. Me senté por primera vez a mirarme las manos vacías y a pensar qué quería hacer con ellas. Es decir, fuiste un oasis inesperado, un pequeño privilegio: eso también fuiste.

Cuando me despedí de mis amigos dijeron estar muy tristes muy rápido. Dejé una biblioteca entera empacada en cajas marrones rotuladas con mis iniciales. Le pedí a una buena persona que me las guardara hasta que pudiera llevarlas conmigo. Y eso hizo hasta que también te abandonó y le pasó el encargo a otra buena persona que, por fin, las abrió y desplegó mis libros iniciáticos en estantes blancos, largos, reforzados. Después les tomó una foto para darme la certeza de que estaban en buena compañía.

* * *

La ciudad en la que vivo ahora tiene una vista abierta. Más allá de los edificios y los cables de electricidad que atraviesan segmentos de vacío, el horizonte es todo lo que se ve. Cuando llegué, en un mes de marzo color sepia hace trece años, lo primero que noté fue que el cielo duraba demasiado. Si viajo en auto, en tren o en barco, me siento cubierta y descubierta por el mismo manto azul celeste que cambia de «filtro» según la época del año. Al principio estaba atenta a esas variaciones, me gustaba pensar que cada estación traería nuevos bríos y nuevos versos. Por supuesto que no fue así. Con el paso del tiempo perdí la grandilocuencia, me olvidé de la poesía y de la vista abierta y ahora, con suerte, los ojos me alcanzan

hasta la copa de los árboles. Pero en mi barrio hay muchos árboles, ¿sabes? Y en las veredas –o aceras, como dirías tú– hay colchones de hojas que se renuevan a diario. A la mañana pasa el barrendero y las limpia, pero apenas pisa la cuadra siguiente le vuelven a caer despacio y decididas. El pobre hombre mira para atrás y se agarra la cabeza. Una vez le ofrecí café y me dijo: «Tengo una tarea inútil pero necesaria». Y a mí me pareció que era la definición de un artista sin pretensiones.

A este lugar me acostumbré muy fácil. No llevaba un mes acá cuando supe que podría quedarme indefinidamente. Algo me convenció de que tendría la libertad que contigo me faltaba. No sé por qué hablo de libertad, nunca me tuviste presa. Sin embargo, el único poema que terminé lo hice mirando tus cerros, detrás de una ventana, añorando salir sin estar encerrada. Te lo regalo, a destiempo:

Afuera hay una montaña que tapa el cielo
y un caballo que murió de sed
frente a un pozo profundo
lleno de piedras.
Adentro hay fantasmas
respirando en el vidrio
de la ventana,
empañando el paisaje
y arañando la cortina nublada
de su propio aliento.

¿Lo ves ahora, querida Bogotá? ¿Te das cuenta? Si me hubiera quedado en ti habría sido, además, una mala poeta.

Tuya siempre,

MARGARITA



Dani Umpi
(TACUAREMBÓ, 1974)



Foto: © Carolina Navas.

Su trabajo es multidisciplinario: abarca la literatura, las artes plásticas y la música. Realiza con regularidad recitales en Uruguay, Argentina, Brasil, Chile y México. Entre sus publicaciones se incluyen las novelas: *Aún soltera* (2003), *Miss Tacuarembó* (2004), *Sólo te quiero como amigo* (2006) y *Un poquito tarada* (2012); los libros de cuentos *Niño rico con problemas* (2009) y *¿A quién quiero engañar?* (2013); el libro de poemas *La vueltita ridícula* (2010), y el libro infantil *El vestido de mamá* (2011). En 2012, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara lo eligió entre los «25 secretos literarios de Latinoamérica».

Huyamos

Las ponencias fueron malas. Los congresistas no llegaban a una tesis más allá de citas banales y, con suerte, alguna articulación de pensamientos de colegas. Ni siquiera dejaron algo qué desear. Ahí comprendí por qué nadie del equipo académico quería asistir al congreso de la Fundación que nos becaba, por más días libres que nos dieran a cambio.

Buenos Aires fue la sede del Encuentro Latinoamericano y un sinfín de responsabilidades inesperadas cayeron en mis manos. Cada jornada terminaba tardísimo, había que estar todo el tiempo presente y debí funcionar, además, como guía turístico, GPS y traductor. No logré aburrirme.

En medio de la pesadilla conocí a la primera colombiana que se me cruzó por la vida y me pareció entre confianzuda y esnob, preguntándome por *malls*, *outlets* y, sorpresivamente, lugares de baile. Eso último me intimidó bastante al darme cuenta de que hacía cinco años que yo no salía a bailar. No encontré respuesta. Al segundo entabló amistad con la chica que limpiaba los baños y volvió sonriente a mí con novedades, mirando el mapa de la ciudad en su celular. «Hay un sitio fabuloso a ocho mil metros del hotel. ¡Salgamos esta noche! ¡Huyamos!». No logré evaluar la propuesta con velocidad, encandilado por su amistad repentina y un pin que aún no había advertido en su saco y rezaba «¿Quieres trabajar desde tu casa? Pregúntame y te diré cómo: Herbalife».

Su ponencia fue la última. Dijo nada en concreto pero con tal efusividad que generó un aplauso distendido de alivio. Se acercó susurrando «Ahora sí, ¡huyamos!». La acompañé al hotel a que se cambiara de ropa y, de paso, encontrarnos con un colega suyo, de Herbalife Argentina, que potenciaría la velada. «Es guapo y gaaaaaayyyy», notificó, abriendo sus ojos de monstruo.

El antro era pésimo y su colega, aburridísimo, con un diamante tatuado. «Los bailarines en la pista son *aliens* conectándose en éxtasis con su nave nodriza», gritó el guapo y a ella le pareció brillante. Pidió que lo repitiera para agregarlo a una historia de Instagram.

Fuimos con el guapo al baño e hice como que no lo veía tocarse la entrepierna con sensualidad seductora. Le expliqué que la gente en los congresos no tiene pensamiento propio, no se basan en la clínica, van por compromiso, por lo curricular o para figurar, porque hay que rozarse con Fulano y Mengano y tienen que mantener el sentido de pertenecer. Él puso punto final con un «Mjm» y volvimos a la pista con cero tensión sexual.

El uber olía a perfume de bebé. Rumbeando a la casa del guapo, la colombiana nos mostró su Instagram atascado con fotos de comidas, frases de autoayuda y panfletos políticos aparentemente diseñado por niños. Contenta, confesó que Buenos Aires le encantaba, una ciudad creada para ella y su asombrosa sensibilidad visual. «Estoy en un sueño. En mi pueblo la gente es alegre, mucha música, pero a la noche cae un viento melancólico aterrador». Recordé mi pueblo y le di la razón por primera vez. También recordé que, hacía unos minutos, un señor había atravesado la pista de baile para explicarme amablemente que no estaba permitido andar sin camisa en el local y pedirnos que nos retirásemos. «Esta es una ciudad preparada para cualquier cosa». «No creas», opinó el guapo muy serio y se bajó del auto sin darme un beso.

Una vez solos me consoló, «es un tonto, en Colombia son mucho más guapos». Me reí con autenticidad y la entusiasmó. «Mira, el año que viene el Congreso se hará en Bogotá. ¿Por qué no te vienes? Te puedes alojar en casa de amigos. Déjalo en mis manos que muevo unos hilos». ¿Qué hilos serían? ¿De la Fundación o de sus amigos? En mis viajes jamás me alojaba en casas «de amigos», solamente en hoteles. «Okey», respondí, y al año, mágicamente, estaba aterrizando en El Dorado de Bogotá con mi ponencia casi aprendida de memoria.

Ella me esperó con mi nombre en un cartel. Nos tomamos una *selfie* y fuimos hasta un uber que estaba esperándonos en el estacionamiento del aeropuerto, mientras me ponía al tanto de la asombrosa cantidad de

proyectos socioculturales que manejaba, absolutamente todos financiados por la Fundación, aunque su principal fuente de ingresos fuese la venta de Herbalife. Guiñó un ojo. Caí en que nuestro equipo académico no estaba aprovechando el convenio conseguido y los logros que festejábamos con orgullo eran nada al lado de las actividades de esta charlatana.

«Bogotá es una ciudad fea. Ni bien podamos, huyamos a mi pueblo». El chofer la miró de reojo con desaprobación y no me hizo sentir tan solo. Con su astucia torpe y los labios muy colorados le preguntó «¿Verdad que se parece a Jaime Garzón?». «¿Quién?». «Mi amigo», me señaló. «No me parece. ¿De dónde es? ¿Alemán?». «No, de Argentina», aclaré. «Mucho gusto. No lo encuentro parecido a Garzón pero... puede ser». «Algo en la sonrisa». Yo no había sonreído en todo el viaje. «¿Y quién es Garzón?», pregunté. «Un comediante de la televisión, muy emblemático, muy político, que empezó a colaborar para la liberación de los secuestrados de las Farc y lo mataron». «¿Ahora?», pregunté. «En los dosmiles», contestó rapidito. El chofer volvió a mirarla de mala gana, rozando el mal humor y, con aparente calma, aclaró «Agosto del 99. Salía de su casa en La Macarena para una emisora y unos sicarios lo mataron». «¡Qué escabroso! ¡No cuente tanto que va a asustar a mi amigo! Va a pensar que... pum pum pum», dijo ella, como un chiste de niños, disparándome a los ojos con el dedo índice de su mano derecha. «Me parece una falta de respeto», sentenció el chofer y ninguno volvió a hablar el resto del camino hasta llegar al hotel en Chapinero. Había desistido de la idea de quedarme en casa de sus amigos, sus hilos.

Pedimos un recibo al uber para que lo pagara la Fundación, pero el chofer no tenía. Nuevamente susurró, «¡Huyamos!». Arrastré mi pequeña valija hasta el lobby del hotel donde ella ya se estaba manejando como una mánager, logrando convencer a los recepcionistas de que me dieran una habitación con ventana a un cerro sin que yo se lo hubiese pedido. También me acompañó en el ascensor y al abrir la puerta de mi nuevo hogar momentáneo, entró como por su casa haciendo una historia para Instagram en la que pedí, por favor, no aparecer.

Logré deshacerme de ella como pude y fui hasta el Carulla más cercano a comprar preservativos. De ahí, al sauna gay que en Facebook parecía atractivo, a relajarme y conseguir un poco de sexo. El lugar estaba prácticamente vacío y lleno de vapor viejo. Me senté al borde de una piscina a charlar con un supuesto masajista que ni siquiera ofreció sus servicios. Invité una cerveza y aclaró: «pola». «Un petaco de pola bien fría». «Dos polas». «Tres polas». A la media hora de aburrimiento yo ya estaba anotando en un papel un montón de palabras nuevas: súper play (cheto, canchero), chicanero (creído), parce (amigo, pana), guayabo (resaca), cantaleta (regaño), bacano (alguien chévere), líchigo (tacaño), hacer recocha (molestar), hacer vaca (juntar dinero para botello), vaina (cualquier cosa), mamera (fiaca), ¡severo carro! (auto último modelo). El masajista le mostró al barman mi lista y se rieron a carcajadas. «¿Verdad que se parece a Martín de Francisco de La Tele?», le preguntó el masajista muy convencido, pero al examinarme con más atención, el barman dudó. «Es idéntico pero con el pelo más corto», afirmó el masajista despeinándome y tirándome al agua con toalla y todo. Se rieron otro rato y acompañé el acto con una sonrisa, sin lograr identificar si estaba en un método de seducción o de agresión, así que pensé «huyamos» y me volví al hotel sin ducharme ni dejar propina. Pensé que había pagado demasiado por ese momento pero tenía mi lista de palabras y una buena anécdota para contarle a nadie porque, apenas me reencontré con la colombiana en el congreso y preguntó qué había hecho la noche anterior, me limité a declarar que había ido a Carulla a comprar pasta dental. «Eso sí, en Colombia hay muy buenos dentífricos», aclaró con aparente conocimiento de la causa.

Esta vez el congreso funcionó diferente y, gracias a «los hilos que movió», fuimos los primeros en hacer ponencias. Ella dio la bienvenida hablando en un tono coloquial artificioso y yo largué mi perorata sin cosechar muchos aplausos más que los suyos, tan eufóricos y fuera de lugar. En el primer *break* corrió hacia mí mientras hacía fila para la máquina de café. «Carga unos tintos y huyamos. Ya hicimos lo nuestro». «¿Vamos a conocer la ciudad?», pregunté. «¡No! Vamos a bailar... o puedes quedarte. Darán una caja con un arma dentro y nos tocará un cuchillo de plástico para

defendernos de estas fieras. Huyamos». No le entendí lo de las cajas ni a dónde iríamos. Pensé: «¿Será algo cultural? Tienen un humor raro».

No me mostraba nada de la ciudad, ni siquiera los nombres de las calles. Pedí que nos detuviésemos para tomar unas fotos de un vendedor ambulante de comida pero le pareció de mal gusto. «¿Verdad que no es correcto fotografiar vendedores?», preguntó al chofer del nuevo uber. Le respondió con un gesto de «me da igual» y ella resopló enojada. Había algo en mí que se atascaba y no lograba detenerla, no podía dejar de seguir sus planes inciertos y traviesos. Terminamos en una fiesta tempranera con muchos gorditos con camisas floreadas y sombreritos beiges bailando electrónica. Supuse que era una especie de subcultura y me dejé llevar por sus filmaciones de celular y sus vergonzosas presentaciones de chicos. «Este es mi amigo Luis, un dramaturgo excelente, guapo y gaaaaaayyyy». Parecía conocer a todo el mundo y ser bastante querida, familiarizados con sus historias para Instagram aunque, nuevamente, se nos acercó un señor de seguridad a pedirme que no anduviera sin camisa. Esta vez ella me defendió con gran teatralidad y el señor invitó a que fuésemos al sector de fumadores a calmar los nervios. En el medio de la pista había un árbol decorado con luces *leds*. Mirándolo, conté que desde el congreso anterior yo no había salido a bailar y le pregunté cómo era posible que conociera a tanta gente. «Es que estoy armando un Arca de Noé... mentira, son clientes de Herbalife». Guiñó un ojo. Regresó Luis que resultó no ser tan amigo suyo ni tan gaaaaaayyyy. No se veían desde las *raves* en el Parque Jaime Duque en los dosmiles. «¡Huyamos mañana al parque, amigos!». A esa hora sus caprichos me parecían lo más lógico del mundo.

Al día siguiente no regresamos al congreso. Nos levantamos tardísimo y Luis pasó a buscarnos en su auto (manejaba un uber) para ir hasta el parque lejano. «Te vas a aburrir en el viaje. Esa parte de la ciudad es horrible», advirtió ella. «¡No puedes decir eso! ¡Vamos a pasar por muchos sitios lindos!», arremetió Luis. «¿Qué eres, man? ¿El ministro de Turismo? Mueve esta chatarra». Estancos, casinos, morgues, semáforos, tiendas con ropa china, carros blindados, bancos. «Quisiera conocer mejor la ciudad», sugerí tímidamente. «¡Este parque es superior! ¡No hay nada mejor que

esto! Mañana, si quieres, me acompañas a entregar unos productos y das un paseo. No te va a gustar. La ciudad está muy sucia», aseveró la loca.

Según entendí, era un parque sin fines de lucro. Los ingresos iban para mantenimiento y donaciones a orfanatos y ancianatos. Ella no paraba de recibir llamadas y responderlas en secreto, a metros de distancia, entre dinosaurios en fibra de vidrio. Luis me contó muy didácticamente que el mentor del parque fue un hombre de bien, un filántropo humanista que murió a los noventa años; había comenzado a construir el parque en su pueblo, Villamaría, pero lo querían en política y huyó a construirlo en este paraje en el medio de la nada. Le pregunté si trajeron algunas de esas piezas originarias y no supo responder. Pregunté el criterio de selección de las atracciones y tampoco supo responder. Dije: «Me parece que el señor era un poco hermetista por las maravillas que le gustaba homenajear». «No sé qué es eso», dijo. Luego agregó en voz baja: «Oye, ten cuidado con esta mujer, está un poco... ya sabes». «¿Un poco qué?». «No importa. Ahí viene. Imagina que no dije nada». Empezó a hacer mucho calor y a venir un olor a palomitas de maíz. «Herbalife es un negoción. No paro de recibir pedidos».

El Love Parade en el Taj Mahal comenzó en el dos mil, como en Francia y Alemania. Venían ya enrumbados en camiones por la autopistas; un carnaval de gente loca. Luis era de escuchar Slayer, que tocó en ese parque años después. «Venía con la negra y se quedaba dentro del carro escuchando metal mientras ella loqueaba con sus amigos gays. Y de repente vi a esta pana en tetas sin brasier y me entusiasmé, salí del carro y tomé pepa por primera vez». «¡Qué exagerado! No fue tan así». «¿No te acuerdas? Tomabas pepas cada ocho días». «El número del infinito». «Y tenías un Motorola de dos quilos. ¿A quién se lo habrías robado?». «¡Hey! No asustes a mi amigo, va a pensar que yo... pum pum pum. Es que trabajaba como corresponsal de emisora Radioactiva, tenía que estar conectada». La conversación me entusiasmó y pregunté: «¿Eran unas fiestas de traquetos, de esas en las que las niñas se ponen tampones hinchados con alcohol por la cuca?». Ella, seria. «¿Quién te enseñó a hablar a así? ¿De dónde sacaste esas palabras?». «Las aprendí aquí». «¿En el Congreso?». Luis siguió como si nada. «¡Claro! Esos pelados malucos

pagaban VIP y llenaban las mesas de whisky. Yo era metalero. Ahora estoy más centrado en el placebo de los ritmos tropicales, toda esa mierda, chucu chucu, diciembre, así puedo conseguir niñas». Ella insistió: «¿Dónde aprendiste esas palabras? ¿Por qué quieres hablar como colombiano? Yo no te lo enseñé». No respondí. Luis continuó pero apenas ella se distrajo me hizo un gesto rápido, señalándose el cráneo con el dedo y moviéndolo como un tornillo. «Estaba en sexto de bachillerato en Norte de Santander, con mis Converse y escuchaba Metallica, Nirvana, Sepultura... llegué a vivir a La Guajira y lo más fuerte que ponían era Bryan Adams. Y fui al colegio de costeños hecho todo un caballero diciendo "buenas tardes, malparidos, incultos de mierda"». Yo me reí, pero ella no y a él se le acabaron las anécdotas.

Algo se rompió y volvimos en silencio por la ruta. La zona era más rural, con restaurantes y parrillas promocionando cortes de carne que no conocía. «¿Me acompañas mañana al pueblo? Necesito hacer unos trámites». «Me gustaría volver al congreso o conocer Bogotá». «¡Qué aburrido! ¡Huyamos!». Luis dejó de hablar definitivamente.

En el hotel pude respirar mejor. Me preocupaba que el baño no tuviera bidé. Me di una vuelta por el sauna pero estaba cerrado, así que volví al Carulla a comprar cerdo frito y usar *wifi*. Tenía un mail de la Fundación, muy preocupados por mi ausencia en el congreso. Lo dejé para responder a la mañana siguiente y me olvidé de hacerlo porque en el salón del desayuno estaba esperándome ella con cara de preocupada y una valija pequeña muy similar a la mía. «Por favor, acompáñame a mi pueblo. Sucedió algo horrible y no puedo volver sola». «¿Qué pasó? ¿Qué pasó?». «Cosas. No puedo explicarlo pero... ¿me acompañas? Te pago todo, nos quedamos en casas de amigos. Tengo que ir a mover unos hilos. Te va a gustar. El paisaje es hermoso». Pensé que el pueblo estaba cerca, pero fuimos hasta el aeropuerto. Recordé que en mi vuelo hacia Bogotá vi la última secuela de Alien. Me sorprendió que recurrieran a una fantasía que suele ser muy frecuente en mis pesadillas: una entidad se mueve esparcida en millares de partículas por el aire hasta atravesar los orificios de tu cuerpo, dominarte por completo y engendrar un monstruo.

La casa era pequeña y tenía un cartel gigante de Herbalife pintado a mano. No tocó timbre y entró como una fiera gritándole a un muchacho con auriculares embalando cajas. Al verla quedó verde. «¿Ves, idiota? ¿Ves cómo él sí viene por mí? ¿Y sabés por qué? Porque me AMA. A.M.A. Me ama. No como tú. Se vino desde Argentina a verme a MÍ, a conocer MI pueblo y tú no puedes mover un dedo por nuestro amor. Prefieres quedarte acá con tus vacas de mierda. ¡Pum pum pum! ¡Púdrete! Me voy a ir con MI hombre a donde se me dé la gana y nadie me lo va a impedir, ¡infeliz!».

Estamos en un nudo sísmico entre el cañón de Chicamocha y la Mesa de los Santos, rodeados de cinco fallas. Esa loma es como una teta y allí hay otra teta. Mientras ella queda tirada en una cama, acariciando un perro para calmar los nervios, salimos a caminar con el muchacho. Nos quitamos las camisas y cruzamos unos alambrados. En un momento él llora, pero le da vergüenza; confiesa que ya sabía que estábamos enliados por sus historias de Instagram y comienza a contarme que en esa zona hay temblores a cada rato. Eso es bueno porque la energía se libera. Hay un promedio de setenta temblores por día. La mayoría no se escuchan, a no ser que apoyes un oído en este árbol. Apoyo mi oído y no escucho nada. El muchacho asegura que si permanezco así un rato vendrá un sacudón. Le hago caso.

«La energía sísmica que tiene este lugar debe atraer mucho tema espiritual porque andan gnósticos y marcianólogos rondando. Una vaina muy loca. Les vendo productos a todos ellos. En esa loma de enfrente, en la Cordillera Oriental, hay un templo católico de monjes que compran mucho batido de chocolate. Yo se los vendo medio en secreto para que los superiores no se enteren porque debe ser pecado, supongo. Y en frente hay otro centro de retiro espiritual cristiano, creo que de protestantes. No los conozco. Al lado hay un templo de retiro de Hare Krishnas y allá hay comunidades amish, ¡ah!, y arriba, un templo de retiro budista. ¡Y los Testigos de Jehová y los mormones! Al otro lado del cañón están los taoístas. ¿Qué será? ¿No? Podría hacer una garita y tener un pelotón de fusilamiento para acabar con tanta espiritualidad. ¿Y sabes qué hay en el medio?». «No». «Una torre que condensa seiscientos mil voltios». «¿Y eso qué quiere decir?». «No sé... ¿A usted qué le parece?». «Nada». «Mmmm,

no es bueno no tener opinión de las cosas, después le pasa lo que le pasa... Estuve sembrando cítricos porque descubrí que a los animales les gusta comer naranjas y limones. He sembrado de todo: cacao, aguacates guayaba, árboles palo negro, ceibas barrigonas... ¿Entiende?». «¿Qué tengo que entender?». «Que no se puede dejar el pueblo así como así. ¿No ve que todos vienen para acá? Acá hay algo», dijo señalando el árbol y en ese momento la tierra se movió.

Ella corrió hasta nosotros y me ordenó: «¡Huyamos, mi amor! Este lugar me hace doler muchísimo la cabeza». El muchacho volvió a ponerse los auriculares y nos gritó desde lejos algo que no entendimos. Ella me dio las gracias, aliviada y juró que llegaríamos justo a tiempo para el último día del congreso. «No te preocupes por los mails que te mandan, tranquilo, yo muevo mis hilos. Estás hermoso. Te pareces mucho a una persona que no puedo recordar».

Ricardo Sumalavia
(LIMA, 1968)

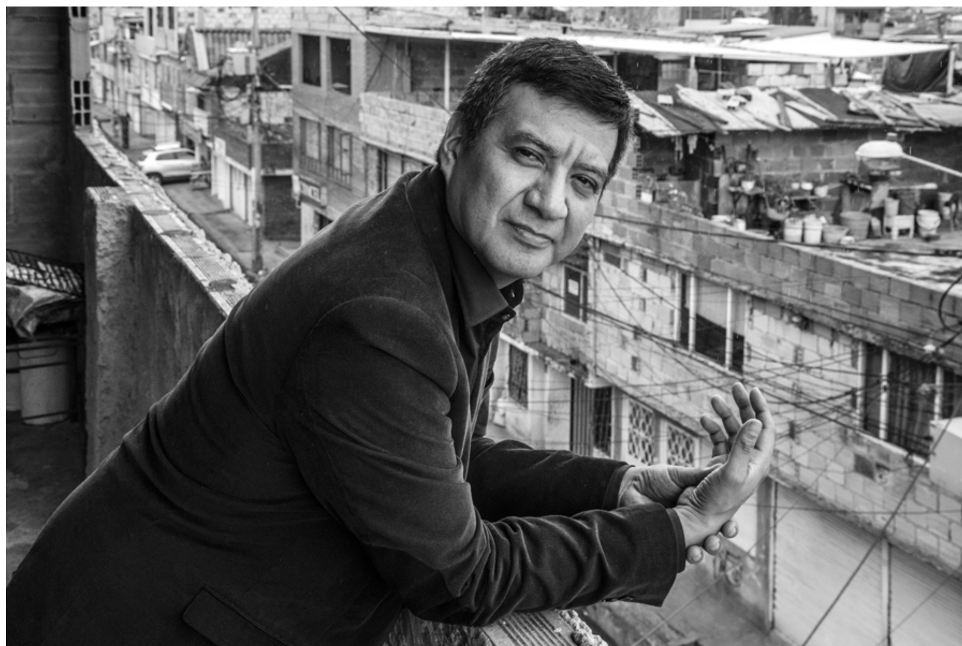


Foto: © Margarita Mejía.

Doctor en Letras por la Universidad de Burdeos. Dirigió el sello Ediciones Pedernal y fue responsable de la Colección Underwood y la Colección Orientalia en la Universidad Católica de Lima, donde actualmente trabaja como director adjunto en el Centro de Estudios Orientales. Ha publicado los libros de cuentos *Habitaciones* (1993), *Retratos familiares* (2001), *Enciclopedia mínima* (2004) y *Enciclopedia plástica* (2016), y las novelas *Que la tierra te sea leve* (2008) y *Mientras huya el cuerpo* (2012). En 2015 preparó la edición de *Selección peruana 2000-2015* (nuevos narradores peruanos). En 2017 publicó la novela *No somos nosotros* bajo el sello Seix-Barral.

VERDAD PURA

ME GUSTARÍA COMENZAR diciendo que les voy a *contar una historia*. Pero me contengo porque de inmediato pienso en la frase que suele usar mi novia, Kathy. Ella diría que les voy a *echar un cuento*. Podría parecer que se trata de lo mismo. No es así. Yo no lo considero así. Esto lo conversamos con ella mientras comíamos y tomábamos unas cervezas en un restaurante a todas luces pintoresco, bajo el nombre de Sopitas del Carajo. Se encuentra en la carrera 9, con calle 70, número 29. Fácil de encontrarlo en Google Maps. Llegamos allí por el nombre, por supuesto, y porque ya estábamos algo agotados por dar tantas vueltas y no decidirnos qué comer. La comida resultó ser bastante buena. La disfrutamos mucho. Aunque creo que más la disfrutó Kathy. Para ella, estar en Bogotá era lo más cerca de su ciudad natal en Venezuela, a la cual no visitaba en muchos años. Ella, que era la primera vez que estaba en Bogotá, fue prácticamente mi guía gastronómica. No había plato nuevo para mí que Kathy no lo hubiera probado antes en su ciudad natal, al menos en alguna variante local.

Cada plato, por supuesto, traía a colación algún recuerdo de su juventud. Eran en esos momentos en los que según ella me *echaba cuentos* y yo le corregía diciéndole que me *contaba historias*. Para mí, echar cuentos me sonaba a algo con fuertes dosis de invención, en las que poco importaba mantenerse fiel a lo acaecido. En cambio *contar historias*, le precisaba yo, sugiere que se trata de un relato fidedigno, verificable.

—Para mí es completamente al revés –me decía Kathy. Luego reía.

En Sopitas del Carajo, en el barrio de Chapinero, en un mediodía de abril, hablábamos de esto. De pronto se nos acercó un hombre. Tenía alrededor de cuarenta años. Era alto y delgado. Su rostro era amable. Nos preguntó nuestra nacionalidad, qué hacíamos en Bogotá. La conversación

fluyó tan rápidamente, que lo invitamos a comer con nosotros. Nos dijo que solo disponía de una hora, puesto que debía volver al trabajo. Le divirtió el proyecto de Bogotá Contada. Le dije que yo lo tenía difícil, ya que por lo general en mis narraciones no abundan referencias locales ni pretendía tomar el pulso de mi ciudad ni de ninguna otra.

—Yo tengo algo para usted, vea –me dijo el hombre.

Y nos contó una historia.

—No. Te echó un cuento –me corrigió Kathy cuando le dije que usaría la narración de este bogotano.

Esta corrección de Kathy me llevó a escribir precisamente un cuento. Un cuento que parte de un hecho real, si es que asumimos que la historia de este hombre fue real. Bogotá me contaba algo y no podía dejarlo pasar.

* * *

No era el día habitual para visitar a sus padres, pero él estaba allí, delante de la casa de ellos. Aunque tenía un juego de llaves, prefirió tocar el timbre. Fue su padre quien abrió la puerta. Sólo en ese instante recordó que los martes su madre se iba de voluntaria a un hospital del sector, y no volvería hasta llegada la tarde. Su padre lo miró sorprendido, con esa mirada de hombres ancianos, de quienes están seguros de que tienen ante sí a un hermano o un hijo, pero dudan. De inmediato su hijo le explicó que se hallaba en el barrio por cuestiones de trabajo y aprovechó para verlos un momento, que en lugar de ir a comer en un restaurante de la zona prefería hacerlo con ellos.

—Pero, hijo, tu madre ha dejado solo un plato. El mío. Yo pensaba calentarlo justo cuando tocaste el timbre.

—No pasa nada, papá. Ponte algo que te abrigue y nos vamos a un restaurante. Yo te invito.

Mientras su padre fue por un abrigo colgado en el perchero, le preguntó por Diana y los chicos.

—Ellos van bien, papá. Ahora se encuentran en el colegio. Y Diana está trabajando. El domingo venimos todos para visitarlos. Podremos dar un paseo por la ciudad, si desean.

—Ah, qué bien –dijo el padre mientras verificaba si llevaba las llaves consigo–. Siempre se me pierden. A propósito, ¿y tus llaves de la casa?

—Las dejé en el apartamento. Siempre ando con tantas llaves que no quiero perder las de aquí –mintió.

Mientras su padre buscaba sus llaves en otro de los abrigos colgados en el perchero, él se preguntó cuándo empezó a mentir por estas nimiedades. A partir de cuándo quiso ahorrarse dar explicaciones.

—Aquí están las llaves, dijo su padre, levantando los brazos en un gesto de triunfo.

El restaurante lo escogió su padre.

—Es mi barrio y sé qué conviene por aquí.

Es verdad que era su barrio, pensó él. Su padre vivió allí desde niño, en la misma casa de los abuelos. Esto siempre le pareció increíble. Él mismo ya no podía imaginarse viviendo en la misma casa de sus padres. Es cierto que era espaciosa y había sido remodelada, pero todo esto le parecía insuficiente. Su mujer, sus hijos y él mismo se sentían a gusto en el barrio en el que ahora vivían. Además, ninguno de sus amigos de infancia se quedó en este barrio. Todos partieron. ¿Por qué tendría que ser él quien se quedara?, se preguntó más de una vez.

Su padre pidió un ajiaco.

—Tengo que aprovechar que tu madre no me vigila.

Se sorprendió de lo que acababa de escuchar. Su madre le contó que a él no le gustaba nada que ella fuera al voluntariado del hospital. Es verdad que él oía este tipo de quejas cotidianas sin darles mayor importancia, pero esta en particular la recordaba porque le hacía gracia lo de las escenas de celos que su padre montaba. Y todo porque su mujer iba una vez a la semana a orientar a los pacientes de un hospital público. Sólo eso. El resto del día su madre se la pasaba charlando con sus amigas.

Él también pidió un ajiaco.

—¿Y qué te trajo por aquí, hijo?

—En realidad, debo visitar a la señora Elvira, la de la esquina.

—Claro que sé que vive en la esquina. Y es *señorita* Elvira. No lo olvides –le precisó con una sonrisa.

A él le resultaba algo incómodo tener que explicarle a su padre asuntos de su trabajo, porque de eso se trataba, se dijo. De trabajo.

—Lo que pasa, papá, es que mi empresa necesita que la señorita Elvira nos venda su casa. Con esa área de terreno y la de al lado, tendríamos lo necesario para construir un edificio.

—¿Y cuál es el problema?

—No... ninguno.

—¿Entonces?

—Nada, que antes de pasar a la casa de ella pensé en verlos a ustedes. Además, tú me podrías dar algún consejo. La conoces de toda la vida, ¿no?

—De toda la vida, sí. Crecimos juntos. Fui muy amigo de su hermano. Él ya murió. En los Estados Unidos, creo. Lo atropelló un carro allá. ¿Lo sabías?

—Sí, sí. Lo sabía –mintió otra vez sin saber por qué–. Pero, ¿podrías decirme algo más personal de ella? Para mí sería ideal ganarme su confianza. Ella quizás ni se acuerde de mí.

—Claro que se acuerda. Conversa con tu mamá casi todos los días.

—Bueno, pero yo no sé mucho de ella. Salvo que es solterona.

Él también recordaba las cantidades exageradas de rímel que se colocaba en las pestañas. Si parecían barras de carboncillo. Y esas pestañas sólo competían con el rojo intenso de su lápiz labial. Quizás todo esto no hubiera sido tan llamativo si no fuera por la palidez de su rostro. Un rostro cuyas arrugas le pareció ver desde siempre. Sólo en ese momento se preguntó cuándo fue la última vez que la vio y cómo se vería actualmente la señorita Elvira.

—Su vida la saben todos –dijo su padre–. Nada de extraordinario: que nunca se casó, que trabajó de secretaria en un banco hasta su jubilación, y que su hermano le fue enviando dinero para completar sus gastos. Cuando él murió, le dejó todavía más dinero. Y listo.

—Pero tú la conoces desde niño. Sabrás algo más.

—Lo que sé no lo vas a poder utilizar para que tu empresa compre esa casa.

—No seas así. No te pongas misterioso. ¿Me vas a decir ahora que tú tuviste algo que ver con ella?

—No, qué va –aclaró–. Lo que sé es una chiquillada. Algo que se me vino a la memoria, porque sí.

—Bueno, dilo.

—Aunque Elvira dice que vivió aquí desde que nació, mi primer recuerdo de ella es verla sentada en una banca del parque, el que nosotros tenemos al frente. Yo corría de un lado para otro con mis amigos y ella nos observaba desde su sitio. Estaba sentada y sostenía un muñeco de no sé qué. No nos hablaba. Sólo nos observaba. Lo recuerdo porque para nosotros ella y su hermano eran los nuevos en el barrio. Ella es un par de años mayor que yo, pero en esa época, cuando yo tenía, digamos, nueve, una chica de once años era para nosotros una mujer. Ella no nos parecía del todo bonita, pero nos alborotaba. Esto lo imagino porque a esa edad todavía no lo hablábamos entre nosotros. Además, en nuestro grupo se hallaba su hermano Fabricio. Era un año menor que yo y siempre andaba con la cabeza rapada. Además tenía dientes muy grandes. Él tampoco hablaba mucho pero recuerdo que la pasaba bien entre nosotros, fue por eso que incluimos al grupo sin problemas. Apenas cumplió los dieciséis y acabó el bachillerato, se fue a Estados Unidos.

—Papá, creo que te estás desviando.

—Tienes razón. Lo que te quería contar es que por alguna razón que no recuerdo, era yo quien siempre iba a buscar a Fabricio a su casa. Lo pudo haber hecho cualquiera, pero mis amigos me pedían a mí que llamara a Fabricio. Fue así que comencé a hablar con Elvira. Ella siempre abría la puerta. No era mucho lo que nos decíamos. Lo justo hasta que apareciera su hermano. Pero un día ella me dijo que Fabricio estaba tomando una ducha y que su madre se había ido al mercado. Me invitó a pasar a una pequeña sala de recibimiento para esperar a su hermano. Ya te imaginarás: yo con nueve años y ella con once. Me moría de miedo.

—¿Qué me estás contando, papá?

—Es que sucedió así. Ella me decía no sé qué cosas y yo no sabía qué responderle. Lo que sí recuerdo es que me ofreció mostrarme sus nalgas. Lo

dijo así, directo. ¿Quieres que te enseñe mis nalgas?

—¿Te dijo «nalgas»?

—¡Qué sé yo! Nalgas, culo, trasero... Da igual. Yo me quedé mudo. Sólo moví la cabeza, afirmando. Luego ella se dio vuelta, se inclinó mientras se levantaba la falda que llevaba y se bajó el calzoncito. Para mí fue una visión extraña. Todo me parecía gigantesco, como si sus nalgas se hubieran ampliado por toda esa sala y su culo me observara, como si vigilara mis reacciones.

—Papá, ¿no estás exagerando?

—Puede ser. Yo te cuento lo que vi. Además, no creo que esta historia te sirva para ganarte su confianza.

—Pero no me has dicho qué pasó luego.

—Nada. Se levantó el calzón, se alisó la falda y me habló de otras cosas.

—¿Y sucedió otras veces?

—Sólo esa vez.

—Pero no puede ser que te hayas quedado así tan tranquilo.

—Yo no te he dicho que me haya quedado tranquilo, pero, ¿qué querías? Yo tenía nueve años y ella era una niña de once. No seas pervertido.

—No me refería a eso.

—Pues entonces ya está. Esa fue la historia, la única que tengo de Elvira. Nunca más estuvimos solos, ni hablamos de lo sucedido.

A él le costó visualizar ese recuerdo. Nunca había visto fotografías de su padre cuando este era un niño de nueve años. ¿Cómo se imagina uno a sus padres de niño, entonces? Su hijo mayor tenía nueve años, pero no quiso incluirlo en esas imágenes. Con la imagen de la señorita Elvira tampoco pudo hacer gran cosa. En su memoria siempre estuvo aquel rostro embadurnado de maquillaje, sus modales algo puntillosos, como aquel movimiento de dedos que daba la impresión de estar terminando un trabajo de filigrana o de estar contando billetes.

Terminaron de comer y se fueron a casa de su padre para tomar un café. Poco después tuvo que despedirse porque en diez minutos él tendría la cita con la señorita Elvira. Le dio un beso en la frente y salió.

En realidad la cita todavía era media hora más tarde, pero él quiso aprovechar para sacar unas carpetas que tenía guardadas en el baúl del carro. Allí tenía proformas y prospectos, con mayor o menor información, según el cliente con el que tuviera que tratar.

Antes de llegar a la esquina observó la casa de al lado. Con ellos el trato ya estaba casi hecho. Sus propietarios cambiaban de casa como de zapatos. En parte habían aprendido a vivir de estas compras y ventas de casas. Con la señorita Elvira no se sabía qué iba a pasar. Si se negaba, iba a arruinar todo el proyecto. Pero la empresa tenía confianza en él; ellos sabían que él no podía volver con las manos vacías.

Llegada la hora tocó el timbre. La señorita Elvira abrió la puerta, sólo un poco, lo suficiente para que se le viera el rostro y el maquillaje encima.

—Buenos días, señorita Elvira. Soy José Martínez. El hijo de doña Lucía y don Luis, los de la otra calle.

—Te faltó decir que también eres el de la empresa constructora.

—Sí, también.

—Pasa, pasa, muchacho. ¿Quieres tomar algo?

—Un café estaría bien.

—Vuelvo.

Él sabía por experiencia que este era el momento ideal para sacar todos los papeles, desplegarlos en alguna mesa, tener todo listo para hablar de negocios y dejar de lado las tensiones. Esto él lo sabía muy bien, y siempre le había funcionado. Pero la historia de su padre lo distraía. Estaba en la misma sala de recibimiento. Había muchas fotografías en marcos de plata, la mayoría en blanco y negro. En una de ellas había una pareja de niños. El pequeño llevaba la cabeza rapada. La niña tenía los ojos muy abiertos y una sonrisa poco natural.

Cuando la señorita Elvira volvió con el café, él pasó a explicarle todo lo necesario respecto a la oferta de adquisición de la casa. Fue claro, profesional, con la convicción de quien sabe que no hay otra alternativa que aceptar la oferta.

—Nosotros sabemos –agregó– el vínculo sentimental que tiene con esta casa, pero sepa también...

—¿Qué vínculo sentimental? –le interrumpió ella–. Para mí está muy claro. Si su oferta me conviene, firmo; si no, puedo continuar viviendo en esta casa. Por mí la pueden echar abajo esta tarde, siempre y cuando me den un apartamento nuevo en el edificio que construyan; además del dinero complementario, claro.

—Esa modalidad es totalmente viable. Apartamento y dinero. Mañana mismo le envío, o se lo traigo yo mismo, la distribución de ese monto total.

—Pero antes una cosa, muchacho.

—Sí, dígame, señorita Elvira.

—Usted se parece mucho a su padre.

—Ah, muchas gracias.

—Pero si no era un cumplido.

La mujer mostró una sonrisa que él no supo interpretar si iba de broma o qué.

—Muchacho, le voy a decir algo. Yo voy a aceptar la oferta que me haga. Tengo confianza en usted. Pero antes quiero que se quede ahí quieto, que le voy a mostrar algo.

Él permaneció en silencio, aturdido por lo que estaba pasando. La mujer se alejó un par de pasos, se dio media vuelta, se levantó el faldón que llevaba y se bajó, no sin cierta dificultad, un calzón enorme que él había visto o imaginado ver en algunos tendales de ropa de sus vecinos. En realidad, él trató de concentrarse en el calzón, porque se rehusaba a levantar la mirada. Pero no lo pudo evitar. Ante sí, a tres palmos, tenía las nalgas de la señorita Elvira. La piel era de un tono opaco. Por más que la mujer se inclinara para darles elasticidad y amplitud, los pliegues se mostraban en diagonal y multiplicados. Y en el centro, aquel ojo del culo se veía sumamente renegrido, casi tostado. Todo esto duro sólo unos segundos. Después la mujer se irguió, acomodó sus ropas y le mostró una sonrisa.

—Señorita, discúlpeme si la ofendo con la pregunta que le voy a hacer –dijo él, sabiendo que era lo último que diría.

—¿Tú crees que algo me puede ofender?

—Tiene razón. Lo que quiero saber es si usted ha hecho esto antes.

La señorita Elvira lo observó y, moviendo sus pestañas lentamente, dijo:

—Sólo una vez.

* * *

—¿Cuál es la parte que inventaste? –me preguntó Kathy cuando le mostré la primera versión del texto, mientras comíamos unas almojábanas en un pequeño café al lado de la iglesia de la Porciúncula–. El cuento que nos echó fue el mismo. Sólo has quitado el nombre de las calles.

—¿Para responderte prefieres que te cuente una historia o te eche un cuento?



Yolanda Arroyo
(Puerto Rico, 1970)



Foto: © Diana Navas.

Es directora del Departamento de Estudios Afropuertorriqueños, un proyecto performático de Escritura Creativa con sede en EDP University. San Juan, PR, y ha fundado la Cátedra de Mujeres Negras Ancestrales convocada por la Unesco. Algunos de sus libros son: *Las negras* (2013, ganador del Premio Nacional de Cuento PEN Club de Puerto Rico), *Caparazones* (2010), *Los documentados* (2005), *Ojos de luna* (2007), *Las ballenas grises* (2012) y *Violeta* (2017). Ha ganado también el Premio del Instituto de Cultura Puertorriqueña en 2015 y 2012, y el Premio Nacional del Instituto de Literatura Puertorriqueña en 2008. Pertenece al grupo original Bogotá 39 de 2007.

Colombia es Sumapaz

1

Colombia es Sumapaz. Colombia es neblina. Es selva fría. Es verde y azul, y agua. Una carretera con pavimento y sin pavimento, llena de piedritas, de relieve inestable que te hace vibrar en el asiento del auto; un caminito que nos lleva desde Bogotá hasta un primer puesto de seguridad. Allí existe un hombre de pie, con ametralladora en mano, que introduce su rostro por los cristales del auto y nos mira. Revisa. Decide si lo que inspecciona está en orden. Lo está y nos deja seguir camino. Más adelante encontraremos otros puestos, otros hombres uniformados, otras armas largas y cortas, un lago cristalino, varias plantas.

Los frailejones espigados y abundantes son testigos apenas silentes de nuestro viaje. Digo apenas silentes porque cuando detenemos el auto y nos bajamos, y acercamos el rostro a las hojas, los frailejones silban. Cantan una tonada aguda con el viento. Así que Colombia es todo eso. Un pueblito con casas de colores, de techos de mazapán, de paredes de caramelos; un colmado rural con dulces de fresa y goma de mascar para masticar y que no se nos tapen los oídos. Por la altura. Colombia es altura, es hectáreas de infinitesimal verdor, es el municipio de Cundinamarca, es el río Cuja, y es Tolima, y es Melgar. Y es la cuenca de Tunjuelo, el Ariari, y el Guayabero, más las cincuenta lagunas. Me dicen que son cincuenta, pero yo conté más. Yo conté un enorme cuerpo de agua que nunca me abandonó durante todo el trayecto. Colombia es el horizonte mojado del río Orinoco, un páramo que sirve de espejo al cielo.

2

Es la primera vez que un escritor visita Sumapaz, me dicen unos. Y es mucho mejor que sea la visita de una escritora, añaden otros. Unas niñas me sonríen todo el tiempo, me tocan el brazo, abren los ojos grandemente. Ríen, me hacen sentir tan a gusto, tan en casa.

Los sumapaceños de la Biblioteca Público Escolar tienen el primer Encuentro con el Autor. Yo soy ese primer encuentro. Yo soy esa autora, y es casi como un romance, y un primer beso, y un primer amor. Yo soy la primera vez de Sumapaz y mi cuerpo tiembla. Mi piel negra casi se descascara de los nervios, de la dicha. Mi mullido afro se encaracola cada vez que un sumapaceño me abraza, me da la mano, pide mi autógrafo, solicita una foto...

Quieren que me siente entre ellos, en un círculo. Me preguntan sobre la literatura, la lectura y la escritura, sobre mis primeros años, sobre mis libros favoritos. Quieren saber cómo fue mi niñez, mi adolescencia, cuántos hijos tengo, por qué los títulos de mis libros llaman tanto la atención. A todo esto contesto, y hasta digo un poco más. La sinceridad de Sumapaz me atrapa. Me siento sumamente en paz. Tengo suma paz. Les cuento entonces que soy casada con una mujer. No hubo escandalizados. Les digo que mi esposa y yo somos la primera pareja de lesbianas en casarse en Puerto Rico en 2015, cuando fue aprobado el matrimonio igualitario. Solo vi en aquellos rostros aprobación y respeto.

3

Los sumapaceños me regalan un recorrido por la historia del páramo. Me hablan de sus anhelos y preocupaciones, de la confección de sus tejidos tan particulares, de la lucha agraria, de cómo consideran la Tierra sagrada. Temen a las industrias del capitalismo voraz, aquellas que han demostrado llegar a los lugares como Sumapaz a arrebatar el terreno y a asesinar a ambientalistas. Temen, pero sospechan que vendrán irremediablemente, por lo tanto se están preparando para ese momento decisivo.

De vez en cuando se dirigen a mí diciendo «Su merced», y yo me derrito por la emoción que recorre mi cuerpo. Nunca antes me han llamado así.

Tocamos el tema de la corrupción de los políticos y de cómo hay que evitar sucumbir ante ellos a toda costa. Una sumapaceña exclama: «Hemos aprendido a no odiar la política porque nuestros padres ya nos han ensenado que todo es político». Ellas han descubierto desde muy temprano algo que me ha costado muchísimos años saber a mí. Todo es político.

Leer es político. Para ellos es importante leer. Dirigen una iniciativa llamada «Madres gestantes» que consiste en tener varias reuniones con mujeres embarazadas y leerles a ellas y a las criaturas desde el vientre. Así van enseñando a los futuros sumapaceños, así no pierden tiempo, así se les muestra amor a los bebés que vienen en camino.

En Sumapaz es importante leer, leer bien, leer a los clásicos y a los grandes escritores colombianos. También incluyen en sus lecturas a autores de otros lugares del mundo. Me hablan de Julia de Burgos, la más grande escritora puertorriqueña. La han leído. Saben quién es. Es un honor muy grande para mí que ellos sepan. Leemos un poema de Julia y luego alguien lee un poema que he escrito yo sobre Julia. Se titula «Julia rebelde». Escucharme en la voz de una sumapaceña es uno de los placeres más gratos que jamás sospeché atestiguar. Al final de la lectura, los versos dicen «Guerrera serás con bandera, con lauros y gloria / poeta, gran Julia, te llaman las hijas de la libertad». Nosotras también somos guerreras, añade mi intérprete. Y acto seguido, pasan a contarme cómo ellas también son rebeldes.

4

Por cada vereda hay un comité de mujeres, me cuentan. De hecho, allí en las instalaciones de la Biblioteca Público Escolar Sumapaz me presentan al Comité de Mujeres del Caserío de la Unión y una joven en representación del Comité de Mujeres de la Vereda Tunal Bajo. Hay hombres en este círculo que muy felizmente se declaran feministas, apoyadores de las luchas de sus esposas e hijas, cómplices abiertos de la búsqueda de sus libertades. Discutimos el por qué soy defensora de los derechos de la mujer negra y ellos me comunican lo importante que les resulta la reivindicación del papel

de la mujer en diversos escenarios. Me siento en el paraíso. Podría jurar, gracias a esta vivencia, que hay esperanza...

5

Colombia es Sumapaz, y Sumapaz es la defensa de la tierra. Tuve que caminar por las calles, las lomas, los senderos, el campo. Me aislé en un momento dado. Hice la procesión en silencio. Entré en comunión con mis alrededores. A punto de despedirme, una de las mujeres se acerca y nos miramos cómplices. Le pregunto: «¿Qué mensaje quisieras que lleve al mundo de parte de ustedes?».

Coloca sus manos en los bolsillos, arrastra una de las botas por el suelo, y alza el mentón. Entonces me dice: «Quien venga por el agua no la va a tener fácil».

6

Las sumapaceñas. Así me gusta recordar este momento. Sé que hay hombres, lo sé, pero siento que este momento histórico es de ellas, y que estos hombres lo permiten, lo facilitan. Se hacen a un lado para no estorbar y si intervienen, lo hacen para reparar. Saben que este es nuestro instante. Así lo recordaré siempre.

Colombia es la escarcha sobre los frailejones. Colombia es la primera granizada de mi vida. Llueve hielo en el trayecto de regreso. Detenemos el auto. Escuchamos y miramos el caer de las rocas sobre el cristal. Sacamos los brazos por las ventanas. Es la primera vez que tengo granizo en mis manos.

Colombia son los afluentes, las cuencas, las cascadas, un cóndor que vuela sobre nosotros, los ojos de los chiquillos que dejo atrás. Colombia es como mi primera novia, esas mariposas en el vientre, esa piel de gallina ante la caricia, esa emoción del vapor en las respiraciones. Y allí está mi primera novia conmigo.